

TINTERO BLANCO



Sociedad Cooperativa de Camioneros del Servicio Urbano de Xalapa, Ver. S.C. de RL

JUNIO 2023 • NÚMERO 8 • AÑO 4



TINTERO BLANCO

Héctor Justino Hernández

Dirección general

María Eugenia García

Dirección de redes

Irving Vásquez

Dirección de relaciones
públicas

Luis Mendoza Vega

Selección de poesía



TINTERO BLANCO, REVISTA LITERARIA DIGITAL.

Año 3, No. 7, febrero-junio de 2022, publicada por la Editorial Tintero blanco, con domicilio en calle Encanto, número 17, Int. 6, Colonia Los Laureles, C.P. 91037, Xalapa, Veracruz, México, Tel. 2711909583, correo electrónico: tintero.blanco.revista@gmail.com, Editor responsable: Héctor Justino Hernández Bautista, Reserva de derechos en trámite. Queda prohibida su reproducción total o parcial sin notificar al editor.

Índice

Literatura

- Olvido literario - Ana Paulina Calvillo 05
- Poemas - Jorge Orlando Correa 09
- Antes, ahora, polvo de estrellas -
Joselyn Silva Zamora 13
- Noche llena de mundo - Armando
Gutiérrez Victoria 17
- Debo decirte algo... - Bastián
González 20
- Lamentación desde una estrella -
Darío González 24
- Lo mandé a la chingada y por fin
estoy libre - Samanta Galán Villa 26
- Reseña: *El equívoco* (El evangelio
según Judas de Nazareth) - Amelia
de Querol Orozco 30
- Los grandes videntes - José Luis
Ramírez 33
- Autorretrato de un maestro de
antaño - Francois Villanueva
Paravicino 36
- El mundo es tuyo - Víctor M.
Campos 38

Índice

- | | |
|----|--|
| 41 | • Santa Decca - Oscar Wilde, trad. Gabriel Alfonso Pérez Reyes |
| 42 | • El negro habla de los ríos - Langstone Hughes, trad. José María Flores |
| 43 | • El señor Usher: Trastornados en la literatura - Durga DConcepción |

Opinión

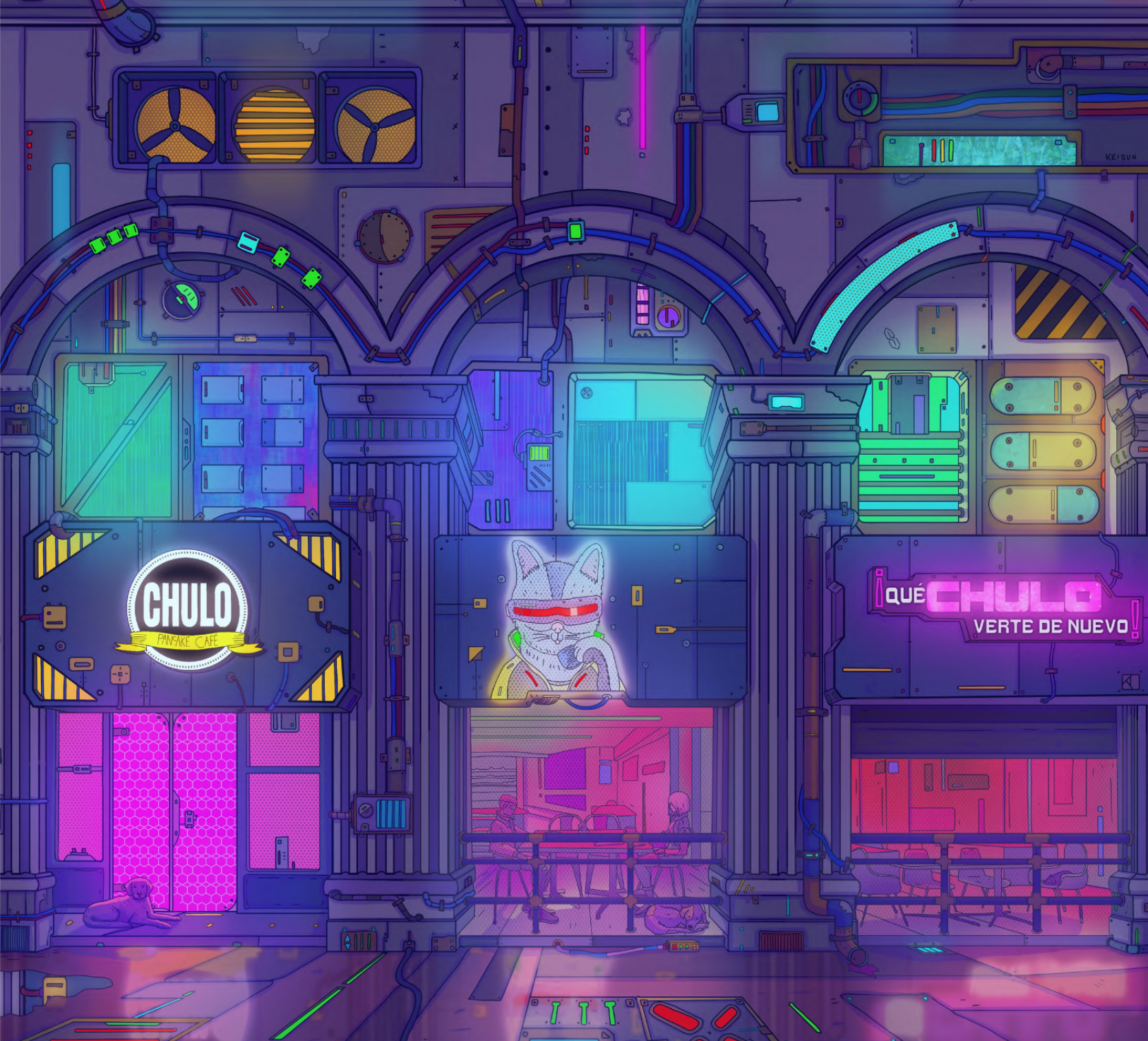
- | | |
|----|--|
| 48 | • El palacio del azar - Héctor Justino Hernández |
|----|--|

Dossier Gráfico

- | | |
|----|------------------------------|
| 55 | • Semblanzas de ilustradores |
|----|------------------------------|

Autorxs

- | | |
|----|--------------|
| 61 | • Semblanzas |
|----|--------------|



LITERATURA

TINTERO BLANCO

En torno a la creación literaria, esta sección busca contener aquellos textos que exploran el lenguaje desde la variedad de su expresión estética.



Olvido literario

Ana Paulina Calvillo

“La personalidad de un individuo es la suma de todas las experiencias que ha vivido. Todo lo ocurrido es un ingrediente de su carácter”; esta cita es una justificación de sí mismo ubicada hacia el final de la autobiografía que Malcom X le dictó a Alex Haley.

Me pregunto qué quiere decir Malcolm X con “la suma de las experiencias”, ¿en verdad se refiere a todos los acontecimientos que ha vivido una persona o sólo a los que recuerda? Porque, ¿cómo podría moldear mi personalidad algo que no ha dejado marca en mi memoria? Si el hecho no ha sido memorable, por qué razón habría de ser formativo o, en su justa medida, destructivo.

Pienso entonces que, si “infancia es destino” y “yo soy yo y mis circunstancias”, los conceptos “infancia” y “circunstancias” deben referirse a aquello que ha pasado por el hipotálamo cruzado por más de un sentido (sensorial) y durante el tiempo suficiente para fijarse en la memoria. Aunque “fijarse” puede no ser el término correcto pues, cuando recuperamos un recuerdo –cuando acudimos a él–, el hipotálamo se activa y sobrescribe el hecho original, cada vez con una nueva interpretación o recreación.

Entonces, soy lo que recuerdo, es decir, mi personalidad está conformada por la memoria de mis experiencias que se reconstruyen cada vez que las recuerdo y, quizá, esa nueva interpretación del suceso esté sometida a mi personalidad. La serpiente que se muerde la cola.

Durante el último año un porcentaje alto de mis lecturas ha sido destinado a textos que plantean el problema de la memoria, algunos de ellos autobiográficos –al menos en su estructura–. El primero que llegó a mis manos, según recuerdo, es el cuento “Michoacán” de Álvaro Enrígue. En esta historia, narrada en primera persona, un joven –Álvaro, quizá– se reúne con cada uno de sus hermanos para platicar de su pasado, pues, en algún punto de su infancia, perdieron a sus padres y a un hermano menor a quien sólo él recuerda. Y lo recuerda justamente por la sensación de su mano rechoncha y sudada. “Tu amigo imaginario”, le dicen sus hermanos. ¿Es posible eliminar de la memoria –y de la memoria colectiva– a una persona con la que se ha convivido a diario durante tres o cuatro años?, ¿La imaginación de Álvaro creó a un hermano que no existió a partir de la mano rechoncha y sudorosa de otro hermano?

En la novela *Álbum de familia*, Renate Dorrestein elimina todos los recuerdos de la infancia donde la protagonista vio morir a sus hermanos a manos de su madre, quien padecía depresión postparto. ¿Por qué olvidó? ¿Shock postraumático?, ¿mecanismo de defensa?, ¿estrategia narrativa?

“Michoacán” y *Álbum de familia* son dos textos cuyo narrador es protagonista –cuentan su propia historia en primera persona–. ¿Esto es suficiente para pertenecer al género autobiográfico? Ciertamente, no. Afirmarlo sería caer en un error de principiantes al confundir la voz narrativa con la voz autoral. Durante algún tiempo fui una lectora asidua de John Irving; este escritor en específico me despertaba la curiosidad por saber qué partes de sus historias

podían ser autobiográficas. Quizá mi duda nacía de los temas recurrentes entre una novela y otra, tal vez el nombre del protagonista –John– en algunas historias. Después Irving publicó un libro autobiográfico de no ficción que no pude terminar de leer; de alguna manera se había terminado el encanto.

Durante algunos años me ha atormentado el hecho de estar perdiendo los recuerdos; sobre todo aquellos relacionados con la infancia de mis hijos, que fue una época muy feliz, pero también cargada de violencia. Sé que las cosas sucedieron. Por ejemplo, conozco la anécdota de que en sus terribles dos, Santiago decía “yo mi doy” y Ana, “yo solita”, buscando ambos su autonomía. Son frases que he repetido tantas veces durante tanto tiempo, que ya no puedo relacionarlas con un momento específico, con una escena. Es posible que mi necesidad de recordar esté ligada al predominio de la cultura de la imagen presente en mi contexto. Pero no son imágenes las que busco. Las fotos de mis hijos cuelgan en las paredes de mi estudio. Momentos congelados que sustituyen a la memoria y que parecen irreales y fantasmagóricos. Como aquella creencia de los indígenas tzotziles de los Altos de Chiapas de que la fotografía te roba el alma. Quisiera que mis recuerdos se parecieran más a un carrito súper ocho o a una grabación en movimiento, que estuvieran cargados de sensaciones en la piel, de aromas y de colores; sinestesia, he leído que le dicen.

De las novelas de la escritora francesa, Delphine de Vigan, hay dos que me gustan en especial y que hablan de la memoria. La primera se titula *Las gratitudes*. Aquí cuenta la historia de una anciana con afasia que va perdiendo la capacidad de recordar las palabras, o más propiamente, de relacionar los significados con sus significantes. La protagonista de esta novela fue editora en su juventud, una lectora ávida y crítica; es por esta razón que su pérdida la conduce a la frustración y a la tristeza. Uno de los dos narradores de esta historia es el ludópata que atiende el asilo, quien dice: “trabajo con la ausencia, con los

recuerdos que ya no están y con los que resurgen tras un nombre, una imagen, un perfume. Trabajo con el dolor de ayer y con el de hoy”.

La segunda novela que retomó de la misma autora es *Nada se opone a la noche*, una historia autobiográfica. “Mi madre estaba azul... –comienza–. Mi madre llevaba varios días muerta. Ignoro cuántos segundos, quizá minutos, necesité para comprenderlo”. De Vigan cuenta en la novela que escribir sobre su madre –*desde* ella o *a partir* de ella– es una idea que había rechazado y mantenido lejos durante algún tiempo, argumentando que ya muchos escritores –antiguos y recientes– lo habían hecho, además de que era un terreno “arriesgado”; sin embargo, se da cuenta que, al no escribir sobre su madre, toda su literatura estaría ligada a ella. Entonces comienza a investigar y nos da a los lectores las distintas versiones de los hechos, narrando cada una de ellas como verdad hasta que otra la reemplaza. ¿Alguien miente? No, ninguno de sus testigos –hermanos, amigos– tiene razones para hacerlo.

Una psicóloga que ha trabajado con los recuerdos falsos, Elizabeth Loftus, a quien he conocido también por César Tejeda, afirma que los testigos, lejos de mentir, creen en la verdad de lo que declaran.

¿Y entonces?, ¿No debió Delphine escoger solamente un testimonio para contar la historia de su madre? Tal vez pudo armar una última versión con los hechos que coincidían, descartar los otros, y presentar al lector una historia que a ella le parecía verdadera. Pero no lo hizo. En cambio nos dejó que fuéramos creyendo y descreyendo, eligiendo nuestra propia versión. Quizá porque escribir y recordar requieren –de la misma manera– elegir una historia para contar. Lo importante es encontrar el tono apropiado para nuestra narración, porque somos la suma de todas las experiencias que hemos vivido, de cómo las recordamos y de cómo decidimos contárnoslas.



Poemas

Jorge Orlando Correa

El acto de pulgas fue un número eléctrico

con la dignidad de un circo en decadencia
mis elefantes y leones mueren de hambre

ya no hay función solo la luz de un ocaso
que alumbra el pánico del último malabarista

no siempre fueron tiempos mejores
la temporada de lluvia perdió precisión

pero hubo una época de horario estelar
con un acto caníbal aplaudido por masas

brillos neón en una ciudad lenta
la marquesina acercaba a los tristes

el espectáculo abría con preguntas
entre payasos mudos y peces férreos

luego el silencio y miradas expertas
lo único que se puede exigir a un adulto

aros de fuego para el enano de zancos
siempre existió la posibilidad de un desplome

el acto de pulgas fue un número eléctrico
en el que cada persona miraba suertes distintas

nadie tradujo los nervios del mimo
por eso ahora desentierra una estaca

el más fuerte del mundo es aquel hombre
entre hierbas tiembla reducido por miedo

alguien liberó del corral a los mustang
hoy la estampida es un sonido ruinoso

Cementerio

porque para ser fantasma no es necesario estar muerto

Ramón Iván Suarez Caamal

no sería hablar de cansancio
sino del manojo de fantasmas
que ya nos pesa

del ángel
con un dedo en los labios
que al golpe de lluvias
renacerá como escombros

de lo huérfano
que hace dura la tierra
en la fosa común

de la pala con vital óxido
en puños sepultureros

no sería hablar del miedo a las cruces
sino de un ramillete de vidas
que nos inventamos

de la belleza de un ataúd
ante voces que tiemblan



de fotografías borrándose

y cajones repletos
de ropa difunta

no sería hablar de querer morir
sino de las palomas
que ya no nos huyen

de velas
anquilosadas por vientos

de agua estancada
en jarros sin flores

y de nueve días
de rezos sin hambre

no sería hablar del insomnio
sino del manso perro fúnebre
que nos acompaña



Antes, ahora, polvo de estrellas

Joselyn Silva Zamora

Para Iván Hernández Casas

Ya, amiga, mejor olvídalo, es un imbécil. ¿Para qué le sigues llamando? No va a venir y sólo haces que te duela más. Un brazo apoyándose en su espalda. No, no lo justifiques, nada de que se le ponchó una llanta. Seguro se fue con otra. Mejor vente con nosotras. ¡Vamos a ese restaurante que tanto te gusta! A ver si sigue el mesero guapo que siempre nos atiende. Auuuuuu. ¡Sí! ¡Ay, ya, vámonos! Una mano jalando la suya.

Él subió a la colina otra vez. Tal vez no sabía que lo podía ver desde mi trinchera. Tal vez no sabía que teníamos trincheras. Agujeros llenos de lodo y de mierda. Todos temblábamos, estaba helando y nuestras manos desnudas se aferraban al fusil. El metal era aún más frío y él seguía en la colina.

Cuatro vasos de cristal sobre la mesa de la cafetería, adornados con crema chantilly y una cereza. Es que siempre te deja plantada. Ya te decíamos que no anduvieras con él, pero tú de necia “es que es guapo”, “es que platicamos como amigos de toda la vida”, “es que me quiere mucho”. Ash contigo. Ya, deja la cara triste, vámonos. Una pausa de muchos minutos. Amiga, hay que pedir

la cuenta. ¿Trajiste tu cartera, verdad? Seis ojos acusándola. Un sorbo a la malteada de chocolate. Una mano revolviendo su bolsa.

Me preguntaba si él podía vernos desde ahí. Era nuestro miedo, porque de ser así, todos estaríamos muertos dentro de poco. Lo vi subir la colina. Todos lo vimos, pero es como si los demás lo supieran y se hicieran de la vista gorda. Él era sólo mío. Quería que lo fuera, aunque no pudiera tenerlo, aunque me reprimieran a madrazos llamándome traidor. Aunque me insultaran y se rieran de mí moviendo las caderas.

Lo conocía muy bien. Teníamos casi la misma edad y yo era más alto que él. Los dos con cabello negro, con cuerpos enclenques que apenas servían para la guerra. Y su cara, esa cara que me atormentaba. Él sujetaba su arma de un modo raro y en lo único en lo que se fijaba era en no caerse con tanto lodo que había. Porque en la colina ya no había pasto. En ningún lado lo había.

Los cuadernos llenos de garabatos con su nombre. Ya deje de fantasear, señorita. Trabaje, señorita. El deseo de verlo cuando acabaran las clases, de salir con él, de tomar su mano. La mirada dura del profesor y una orden que ella no cumplió. Su mirada de indiferencia. Lárguese de mi clase, señorita. Los pasos frágiles con los que abandona el edificio. Una mirada fugaz al salón del tercer piso donde él estaba. Él seguía adentro, sin cristales rotos y sin verla.

Eran como hormigas. Uno tras otro, resbalando en el lodo. Maldiciendo. Y nosotros en las trincheras, abrazando las armas, conteniendo la respiración y mirando poco. Lo vi y lo seguí con la mirada. Era mío, todo mío. Sólo yo iba a perforarle la cabeza con mis balas. Apunté, pero una voz dijo que era demasiado pronto. Me senté otra vez y esperé.

Un bip anunciando un mensaje de él. Ella con una sonrisa estúpida. Que si todo estaba bien. Anécdota sobre el pinche profesor. Emotición sorprendido. Emotición enojado. Insultos seguidos de risas. Qué tal tu día. Algún dato sobre

un amigo random y un partido de fútbol. Un par de te quiero. Emoticon mandando beso. Emoticon de corazón rojo. ¿Nos vemos mañana? Donde siempre. Va, va. Un suspiro de ella, su índice picando la foto de perfil de él. Un pensamiento amoroso e inocente. Un par de te amos. GIF de una caricatura con un corazón.

Su cara era borrosa, pero sabía perfectamente que era él. Lo único que quería en ese momento era volarle la cabeza en mil pedazos. Una extraña obsesión por ver su carita de niño llena de sangre me invadía cada célula del cuerpo. Quizás él ya sabía que iba a morir ese día y por eso trastabillaba tanto. Tal vez se acordaba de mí.

Hija, tienes que parar esto. Es la tercera vez que nos llaman de la escuela por tu mal comportamiento. Hasta tus amigas han llamado diciendo que algo raro te pasa y dicen que es por ese muchacho. ¿Quieres platicar? Una taza de té humeante frente a ella. Una sonrisa que apenas se nota, mientras recuerda que mañana lo verá por la tarde. Su cabello negro, su mano de palma caliente. Solos. Sólo los dos.

El silencio fue brutal durante varios minutos. Apenas respirábamos y nos mirábamos unos a otros. Soldados jóvenes en una guerra de extraños. El primer estallido nos crispó los nervios y nos provocó un zumbido en los oídos. La orden fue clara. Casi al mismo tiempo nos paramos sobre la tarima y subimos para sacar los fusiles.

Cayeron hombres de ambos bandos. Las cabezas explotaban. La tierra se tragaba una sopa de sangre, sesos y vísceras. Y yo seguía buscándolo. Lo encontré y no le quité la mirada de encima; tan pequeño él, tan asustado. Quería ser yo quien lo sacara de este infierno.

Apunté, sostuve mi fusil con toda la fuerza de mis dedos y apreté el gatillo. Vi la mancha roja en su frente. La sangre y los sesos volaron en diferentes direcciones armoniosamente. Pasó todo en cámara lenta, pude contar las

gotas escarlata y las vi chocar con la tierra.

Y miré su rostro.

Solté mi fusil, aterrado, y grité. Alguien lo había girado. Alguien lo pisaba. Alguien me jaló y caí y las mejillas se me llenaron de lodo y de sangre.

Miradas constantes al reloj sobre su buró a lo largo del día. La misma cafetería de siempre. En la mesa junto a la ventana, él y un beso esperándola.

—Creí que no vendrías —le dijo él.

—No iba a perdérmelo. No otra vez.

Preguntas y respuestas acompañadas de malteadas de chocolate y galletas. La sonrisa de él, su mano apretando la de ella. Las mejillas coloradas de ella, su mirada clavada en los ojos de él.

Ella recorrió su rostro con el dedo índice y sonrió. Lo recordaba con su casco, lleno de sangre y de sesos. Y lo recordaba así, limpio, bien afeitado. La misma cara de niño. La misma cara que siempre había amado. La misma cara que siempre amaría.

—Te conozco de toda la vida, de todas las vidas —murmuró. Él le acarició la mejilla.

—Quizás. Pero esta vez será distinto —sonrió.

Sus manos apretadas. El recuerdo de las caras molestas presentes y pasadas por el beso delicado entre ambos; caras esfumándose, diluyéndose. Solos, sólo los dos. Dos hombres, dos mujeres, hombre y mujer, dos personas, polvo de estrellas consumándose.

Un sorbo a la malteada y la lengua de ella lamiendo unas gotas en el labio inferior de él. Su mano sobre el cabello negro, excitándolo, volándole la cabeza una vez más.



Noche llena de mundo

Reseña: Rafael Pérez Gay, *Perseguir la noche*

Armando Gutiérrez Victoria

Si tuviera que describir lo que es *Perseguir la noche*, diría que es el punto de encuentro entre el itinerario de un dolor, de una enfermedad dolorosísima que nos pone cerca de la muerte, y un momento crítico para la historia de la literatura mexicana; el movimiento decadentista de finales del siglo XIX. Decir esto es decir también que se trata de un libro que conjunta la experiencia subjetiva con la experiencia colectiva. Y no estamos, precisamente, ante una puesta en paralelo, sino ante la intrínseca conjunción de una individualidad que traspone sus límites y establece un diálogo con sus semejantes, distantes en el tiempo, pero presentes en los lugares que habitaron.

Perseguir la noche ciertamente no es una novela, es –como señala en reiteradas ocasiones su narrador– un informe. Decir que este libro es un informe es también una exigencia explícita para que su lector lea el texto en estos términos, es la propuesta de un pacto que se deslinda de otras modalidades de la literatura y que, por eso mismo, tiene la libertad de explorar y fluir contra sus convenciones y sus limitantes. No se trata de una novela, pero tampoco de un relato autobiográfico ni de una autoficción o de una novela sin ficción, aunque en buena medida retoma estrategias, elementos y formas discursivas de cada una de estas modalidades. *Perseguir la noche* es el informe personalísimo de

un dolor, pero también la rendición de cuentas de una investigación emprendida sobre los distintos escritores que moldearon las letras mexicanas a finales del antepasado siglo. Es más, *Perseguir la noche* también exige una lectura como el informe de una andanza por la Ciudad de México, por sus calles y los lugares que le dan forma.

Este breve libro, escrito con una prosa precisa y con frases muchas veces demasiado absolutas, nos deja con la impresión de presenciar, desde otra óptica, lo que implica ser escritor. Así como su protagonista muchas veces no teme referir con claridad las molestias del cuerpo, el dolor constante que lo agobia tras la presencia de un tumor en la próstata y el tratamiento que paulatinamente merma no sólo los órganos sino la mente y la consciencia. Se presenta a un Ignacio Manuel Altamirano, prócer de la literatura mexicana, vencido por el deseo de una mujer que no le corresponde, un hombre que deja el pedestal y se muestra como un ser humano capaz, como cualquiera, de rogar ante esa otra persona que nos ignora.

Me es difícil encontrar a un mejor grupo de escritores para ilustrar ese sometimiento al cuerpo, a sus pasiones, a sus deseos, a sus dolores y a sus excesos, que esa brillante pléyade de flores del mal que culminó el Modernismo mexicano: los decadentistas. José Juan Tablada, Ciro B. Ceballos, Bernardo Couto, Amado Nervo y el pintor Julio Ruelas trazaron en aquella época otra Ciudad de México, una pocas veces representada en nuestra literatura. Su ciudad no es la súper urbe que es hoy, tampoco la moderna y heterogénea ciudad de *La región más transparente*, o aquella otra asediada por las tropas revolucionarias o mitificada por las sombras caudillistas. La ciudad del Decadentismo es la ciudad oculta por las sombras, la que exuda humanidad, cuerpo, sangre, bilis y semen. Y es justamente ésta la ciudad que evoca Rafael Pérez Gay como contraparte indisociable de su errancia y de su enfermedad, la única que se muestra significativa a su experiencia en ese preciso momento y la que, vale decirlo, también pide ser narrada como si fuéramos nosotros mismos quienes la habitamos.

La memoria cumple un papel fundamental en este libro, pues es gracias a ella que los sitios, los elementos materiales que los integran, adquieren una significación más allá de su aparente cotidianidad. Las calles, los cafés que ya no están, las antiguas casas, los mesones, las cantinas y las tiendas sintetizan una forma de vida, una manera singular de habitar y ser en el tiempo; son, por consiguiente, una fuerza que influye en la construcción de nuestra identidad. La memoria no se manifiesta como una abstracción totalizadora en este informe, sino como una puesta en escena, a veces inconexa, desarticulada y por momentos caótica; es, en muchos sentidos, como la vida misma, pero también como la urbe. De pronto nos perdemos, no encontramos el sentido y sobreviene un recuerdo, una escena, la sensación que nos provoca cierto espacio que hemos habitado y que al volver nos despierta algo, algo que no esperábamos.

Hoy, que nos parece que abundan las historias de vida, las autoficciones, las autobiografías y demás ejemplos de literatura del yo, un libro como éste da la vuelta a lo que me parece se comienza a agotar en la uniformidad de una clase específica de individuo. Cuántas novelas y textos no conocemos sobre la historia de un hombre o una mujer, sus aspiraciones literarias, sus experiencias sexuales, su infancia, la trágica relación con sus padres, seguramente es profesor o periodista, pertenece a la clase media alta y, evidentemente, nos apabulla con su amplia cultura. Rafael Pérez Gay, por el contrario, construye en *Perseguir la noche* la historia de un hombre adolorido, enfermo, que se acerca a la vejez, que debe someterse a un procedimiento invasivo y desgastante que puede finalmente no ser efectivo contra el mal que busca erradicar. Éste es un libro que nos lleva a lugares que no precisamente nos son agradables, pero que también forman parte de nosotros. La identidad que al final cristaliza estos sitios no es una que se irgue como ejemplar, monumental e idealizada, sino como una profundamente humana.

Tlalpan, Enero 2023

muecas de placer. ¡Cuánto daría por ser yo ese violín que hicieras tuyo en pleno escenario! Mi respiración se corta al pensarlo.

— ¿Te pasa algo?

—Nada, me perdí en mis fantasías.

Sonríes. Una sonrisa burlona y sincera al mismo tiempo.

Platicamos un rato. ¿De qué estamos platicando? No lo sé, todo pasa como en un sueño mientras miro (in)discretamente tu cuerpo. Ojalá leyeras mis pensamientos y me dijeras si quieres hacerme lo mismo que yo quiero que me hagas. Ojalá yo tuviera el valor para proponértelo.

Termina nuestra plática y te ayudo a lavar los trastes sucios. Pronto llegarán los demás, así que todo debe estar presentable; no debe haber prueba de que algo ha ocurrido aquí. Pero... ¿Qué ha ocurrido? Nada, solo un par de amigos platicando y comiendo antes de una fiesta. Ojalá ocurriera algo de lo que en verdad tuviéramos que preocuparnos por limpiar y no dejar huella. Ojalá... Ojalá...

Tus manos se posan sobre mis hombros. Mi piel se eriza al sentir tu roce, tu calor. Me doy la vuelta para quedar frente a frente. ¿Estaré mal interpretando este gesto? El deseo nubla mi mente y no me deja pensar, quiero creer que también me desees, que quieres tocarme como tocas el violín y hacerme llegar a la nota más alta. Te abrazo, oculto mi cara en tu cuello y aspiro tu aroma. Es un olor suave, ¿es tu sudor o tu perfume? No sé, pero me excita. Me abrazas. Tu delgada figura contrarresta con mi cuerpo ancho. Abro mi boca para decir algo, para disculparme por algo (¿pero qué es ese “algo”?), antes de que alguna palabra salga, mis labios se cierran en tu cuello y comienzo a besarlo como me hubiera gustado que tú me besaras. No me detienes. Quizás no he malinterpretado el momento. O quizás quieres ver hasta dónde soy capaz de llegar.

Sin acelerar mi ritmo, bajo con mis besos por tu cuello hasta llegar a tus pezones. Tomo uno con mis dedos y el otro lo meto a mi boca. Son suaves, tan

suaves que me dan ganas de arrancarlos. Succiono el pezón en mi boca. ¿Acaso están temblando tus manos? Quito mis labios y el color de tu pezón pasó de ser rosa a ser un rojo suave.

Te miro a los ojos; veo excitación en ellos. Sin apartar la vista, pongo mi lengua arriba al final de la línea de vellos que tanto deseaba probar y con un ligero zigzagueo subo por en medio de tu pecho. Tienes un ligero sabor a sudor y quiero que lo pruebes por medio de mí, así que no me detengo hasta que mi lengua llega a la altura de tu boca. Tímidamente abres tus labios y sacas tu lengua para enredarla con la mía. Eso es, prueba el sabor de tu cuerpo a través de mí. Quitas tu lengua y chupas la mía con tus labios. Lo haces suave, como si fuera una felación (eso me recuerda que debo decirte algo, pero ¿qué es?).

Es momento de besarnos. Acercas más nuestros cuerpos; inconscientemente mi cadera se mueve hacia adelante para sentirte mejor. Tu erección está ahí, pero no me dejas disfrutarla tanto tiempo, pues detienes el beso y te arrojas frente a mí. Desabrochas mi cinturón, bajas el cierre y comienzas a bajar mi pantalón.

Debo detenerte, sé que debería detenerte pero no sé por qué. Tengo que decirte algo, el motivo por el que tú y yo no podemos...

Bajas mi bóxer y entonces lo ves. Miras mi entrepierna, me miras a mí y vuelves a mi entrepierna. No es lo que esperabas, lo sé, es algo diferente; más pequeño, mucho más pequeño. Abres la boca como para decir algo: abominación, me das asco, nunca te tocaré. Estoy seguro de que dirás algo así. Pero entonces veo en cámara lenta como tus labios se cierran en torno a él y comienzan a chuparlo. Lo chupas como lo hiciste con mi lengua. Juegas con su punta, lo succionas, lo besas. El placer sube y baja por mi cuerpo, recorre mis piernas haciéndolas temblar y sube a mis pezones erectándolos. Solo conozco una palabra en este momento y es “ah”.

Te levantas con la erección al aire (¿en qué momento te has quitado el pantalón?); tu pene es moreno y delgado, como tú. Quiero meterlo a mi boca, pero antes de hacer ninguna acción me das la vuelta y me inclinas contra la barra de la cocina. Escucho el sonido de un condón abriéndose. Imagino que se trata de eso, pues te tardas en volver a tocarme. Pasas tu pene entre mis nalgas y yo solo jadeo esperando que entres en mí. Rozas mi ano suavemente. Penétrame, sé que quieres hacerlo. Pero no es mi ano lo que deseas en este momento, buscas otro lugar más húmedo y acogedor. Y cuando lo encuentras, colocas tu pene en la entrada y empujas suavemente, disfrutando cómo entra cada centímetro. Cuando llegas al final, te quedas quieto un momento, mientras tus manos tocan suavemente mis nalgas, suben tocando mi torso por debajo de mi playera y se dedican a encontrar mis pezones. Son grandes, a diferencia de los tuyos, pero igual de duros. Colocas la palma de tus manos alrededor de ellos y siento cómo tu calor los erecta más. Los masajeas y comienzas a mover tu cadera en círculos, sin meter y sacar, sino solo en círculos que me llenan completamente.

Cierro los ojos. Veo el capullo de una flor abriéndose en cámara rápida. Siento cada uno de tus movimientos, cada cambio que haces en la forma de penetrarme y los veo reflejados en la flor. Ondas de placer llenan mi sexo. La flor, ahora abierta, es mecida por el viento en medio de la lluvia. Me recuerda al verso de un poema de García Lorca. Jamás había visto una flor con la textura de la piel erizada. La flor está llena de gotas que escurren en sus pétalos.

Escucho gemidos fuertes. Son tuyos, no míos. Abro los ojos, volteo un poco mi cabeza y de reojo puedo ver cómo tu espalda se arquea continuamente por el placer. Tus caderas llevan el ritmo perfecto. Ahora soy un violín y me tocas en un auditorio vacío. Haces un crescendo en tus movimientos que me hacen llegar a la nota más alta. Un último gemido; es mío.

Doy un trago a mi cuba libre. De nuevo estoy soñando despierto. Miro a mi alrededor: algunos bailan en la sala, otros se besan tirados en el suelo. El alcohol me confunde. ¿Fue solo una fantasía más o en verdad rozamos nuestras pieles? Te miro de nuevo. Estás frente a mí, acaricias el cabello de una chica y besas su frente. Volteas a verme y me dedicas un guiño y esa sonrisa burlona, pero sincera, que tanto me hace desearte.





Lamentación desde una estrella

Darío González

Te llevaron, te lanzaron con resplandor injusto al firmamento,
te dejaron allá y allá lanzas vocablos de tierra
en tu distancia roja, tu ausentarte siempre a la mirada, al transeúnte,
allá lejos en la roca y el silencioso despertar
tan rojo como, sí, tu lejanía,
pero también andar fueran de ti, fueran contigo
un claro imperio incomprensible
¿Dónde te verá por siempre el árbol? ¿Dónde sus semillas?
No hay más respuesta que tu trote interminable,
ese abarcar el mundo no pisado,
esa necesidad de plantarse y crecer,
ese andar y andar por polvos no inhalados, por grutas no exploradas,
porque en tu desprender pieza por pieza
pensáramos que haces más, que todo tú escapas al tiempo,
siempre en constante andanza hacia un lugar,
siempre plantando ruta en cada polo de nocturnas horas

y todo tú escapando, soltando pieza a pieza tu interior,
como haciendo de luna misteriosa todo un suelo nunca antes soñado,
queriéndose estirar como una sombra que te alivia,
pero allá hay más rocas que una soledad,
allá se ha levantado un sol más frío de olvidados continentes,
no habrá más nada que las rocas, porque hace frío y hay soledad,
pero también hay una ausencia, pero también estás ausente,
mirando al mundo que te diera forma,
anhelante entonces de señales, de caminos, de finales,
añorando manos discretas que se enlazan, que se van,
mas sólo tú, nada habrán ya nunca de escribirte, no,
ni la mano, ni la pregunta, porque no estás,
vas por un alma derrotada y legendaria,
corres sobre su espalda como una gota o una hormiga,
señalando siempre, siempre mirando al punto de tu encuentro
que no está ahí, sino en la noche.



Lo mandé a la chingada y por fin estoy libre

Samanta Galán Villa

La arena del desierto quema la planta de sus pies. Sé que el sol está en el punto más alto, que quema, que es un fuego que me consume en este instante, pero no puedo sentir dolor. Estoy tan emocionada. El Otro me sigue. No soporta el ardor de la arena, ni el dolor de las piedras picudas y de los cactus que se encajan en sus pies descalzos. Da igual.

He venido a abandonarlo, porque el desierto es un lugar de abandono por excelencia. El Otro se quedará aquí y espero no volver a verlo. De hecho, me he imaginado tantas veces este momento: Le doy una última mirada y le doy las gracias por el tiempo que compartimos, por los años en los que hicimos lo posible por soportarnos, por coordinar nuestras necesidades, metas y propósitos.

El Otro es el peor compañero que pueda existir. Lo aborrezco. Me di cuenta cuando tenía doce años y ya comenzaba a hacer lo que quería. Caminar hacia la ventana de enfrente me llevaba horas. El Otro no quería moverse como yo lo exigía y encontró la forma de hacerse escuchar. Él sabe que yo soy quien tiene la boca, que sus necesidades no importan porque la que manda soy yo. ¿No dicen que el mundo se hizo a través de la palabra?

Pero él, a veces, hacía un esfuerzo monumental por contraer los músculos, por doblar sus (mis) huesos y hacer una boca deforme, desproporcionada y dolorosa. Dame agua, quiero ir al sol, me gustaría que caminaras conmigo en el jardín. Yo no quería caminar por el jardín porque siempre estuvo sucio y descuidado. Parecía una selva virgen.

Me acostaba en la cama de mi habitación mientras intentaba explicarle que ese lugar estaba lleno de animales diminutos, tan pequeños que podían entrar por alguno de sus poros, una uña o hacer un nido en el ombligo. Cálmate, cálmate. Vamos a quedarnos aquí, hay que ver la televisión, hay tantas cosas qué ver ahí. Mira los animales criando a sus bebés, cómo las hienas se comen los desperdicios y los leones devoran a los cachorros de otro macho porque, aun así, siendo tan pequeños, los consideran una amenaza. Eso, quizá, nos pase a ti y a mí. Algún día terminaremos por devorarnos.

No fue así. El Otro tuvo miedo. Quiso ser dócil, obedecer. Dejó a un lado la idea de que podía llevar una vida lejos de mí. Crecimos en paz hasta entrada la adolescencia. Entonces se reveló de todas las formas posibles. Tenía quince años y no había menstruado ni una vez. ¿Qué te pasa?, le dije dándole un golpe con los puños. ¿Qué te pasa, imbécil? Es tiempo, es hora. No estoy enferma, no soy una loca. Eres tú el que no me deja seguir con mi vida, desarrollarme como cualquier muchacha de mi edad.

No lo había notado, pero El Otro empezó a odiarme, a tenerme rencor. El silencio de los años en los que aceptó complacerme se acumuló en sus (mis) entrañas. Necesitaba hacerse notar, demostrarme que yo no era una unidad sino dos. El Otro existía de mi cuello hacia abajo y cuando quería hacer algo con su terca voluntad, yo no podía hacer otra cosa que convertirme en una espectadora de mi propio cuerpo.

Estoy segura que el otro es un hombre, lo sé por cómo se sentaba. Cómo tomaba la botella de cerveza, cómo a fuerza de obstinación, modificó los huesos de mi cuerpo para caminar como charro. Odiaba que El Otro no me pidiera opinión, que me anulara y tuve remordimientos por no haberlo respetado antes.

Intenté hablar con él, le dije que podíamos llegar a un acuerdo, porque una vida así, no es vida. El Otro escuchó, dejé que usara mis manos para comunicarse. Le ponía hojas de papel para que se dejara llevar y escribiera lo suyo. ¿Cómo me llamarás de aquí en adelante?, preguntó. Te bautizaré El Otro porque no sé cómo más decirte, no tengo mucha imaginación, no eres un perrito, un gato o una mascota que pueda nombrar según sus señas particulares.

Tal vez, en un espacio y tiempo inexistentes, El Otro y yo pudimos llevar una vida feliz. Turnando nuestros deseos, consolándonos en nuestros pesares, compartirnos. Pero nunca pudimos llevarnos bien del todo y lo que hizo, lo que hiciste esa noche...

Caminamos por una avenida rodeada de terrenos baldíos. Vimos un perro negro y te pedí que te alejaras, que el perro nos enseñaba los colmillos con cada paso. No, te pedí. No te acerques. Notaste que el miedo comenzaba a sentirse en mi cabeza como un casco que me presionaba las sienes. No te acerques. Tus pasos tan seguros caminando hacia el perro y el perro rubicundo que corrió para alcanzarnos y tú que no te detuviste porque querías verme sufrir, verme mal, gritar auxilio a quien pasara; sacar lágrimas hasta por los dientes, perder la razón de tal manera que no pude sentir el ardor insoportable de las mordidas ni el espanto de la sangre que salía a chorros de mis (tus) piernas. Ni me di cuenta cuando perdí el conocimiento.

Entonces fue claro que no podemos vivir juntos y que es momento de mandarte a la chingada.

El desierto es grande y te he traído hasta aquí porque no quiero que me encuentres, porque no quiero que sigas tus huellas y regreses a la casa. Las marcas de tus pies las borra el viento y se las lleva para siempre. ¿Escuchas? Es una jauría de perros olvidados en las dunas. ¿Los oyes? Sé que te gustan, que quieres vivir con ellos y convertirte en un miembro más de la manada. Escucha.

Saco el machete y de un tajo cortó mi cabeza de tu cuerpo. Eres libre. Lo soy. Corres llenando todo de sangre hasta los aullidos de los perros que te esperan, que te reciben moviendo la cola, que te desconocen, que ladran y que te invitan a correr hacia donde se oculta el sol.

Yo te veo. Lloro porque a fin de cuentas voy a extrañarlo. Lloro porque al fin soy una unidad. Soy libre. Somos.





Reseña: *El equívoco* (el evangelio según Judas de Nazareth)

Amelia de Querol Orozco

El equívoco, de Héctor Daniel Olivera Campos, es una original novela corta inspirada en la vida de Jesús, en la “Sagrada Familia” y en las circunstancias que envolvieron la muerte del Mesías. Está narrada en primera persona por Judas de Nazaret, hermano gemelo de Jesús. La acción se desarrolla desde la infancia de los gemelos hasta poco después de la crucifixión de Cristo, y termina con la huida de Palestina de Judas, quien salva la vida para poder así narrarnos de forma “verídica” una versión alternativa a la descrita en los Evangelios canónicos sobre los que se sustentan las confesiones cristianas.

Una decisión tomada por Judas, el gemelo, movido por un impulso, justo después de la muerte de Jesús, generará “el equívoco” (lo que da título a la novela), acto del que derivarán unas consecuencias imprevisibles que, de manera palpable, cambiarán el mundo. El autor hace gravitar el acontecimiento fundador de nuestra civilización sobre la fuerza generatriz de un efecto mariposa: un encuentro azaroso, o quizás providencial, entre Judas de Nazaret y María de Magdala, y toda una suerte de acontecimientos que supondrán un recurso de la trama para bañar de originalidad el desarrollo de la obra.

Nos encontramos, pues, con una novela que tiene la virtud de contar-

nos la historia más repetida de todos los tiempos, la de Jesús de Nazaret, pero como si nos encontráramos con ella por primera vez. Y algo muy meritorio que hay que agradecer al autor es que no cae en tópicos ni el “manoseo” facilón de otras incursiones literarias en el tema, cargadas de hechos sensacionalistas o intenciones provocadoras. La novela ofrece, como hemos dicho ya, una versión decididamente original y alternativa a la historia “oficial”, a la historia neotestamentaria, pero en la que el autor va más allá de la transgresión más o menos fácil y aspira a hacer alta literatura. Es la historia, en realidad, de un fracaso, del drama de un hombre condenado a ser perfecto y a vivir en soledad su carga.

En la tarea de poner en pie su artefacto literario, Héctor Olivera se sirve de una ingente labor de documentación, abrevando la fábula de El equivoco tanto en los Evangelios canónicos, como en los apócrifos, así como en otras fuentes históricas del judaísmo de la época y en ensayos diversos que sobre el tema se han escrito a lo largo de los tiempos, para incorporar luego los datos necesarios en el texto, sin menoscabo de su ritmo. Así pues, nos asomamos a un escrito equilibrado donde rigor y agilidad narrativa se despliegan en un argumento bien trabajado. El lector se va a encontrar con un relato rico, fluido, de lectura rápida, intenso y fresco, a la vez, con un estilo claro y una prosa exquisita que, sin duda, le atraparán fácilmente, y en el que, incluso aquello que resulta más chocante, como el hecho de la existencia de un gemelo de Jesús, responde a una cierta tradición del cristianismo primitivo y hay fuentes documentales que ya apuntan esta posibilidad. Creo que esta sabia utilización de los datos entresacados de las fuentes consultadas constituye el barniz que otorga la pátina de verosimilitud que rezuma el texto, reforzada, eso sí, por la ausencia tenaz de eventos sobrenaturales. El equívoco es una novela humana, ferozmente humana.

Hay que remarcar (e insistir sobre ello) que nos hallemos ante una obra literaria, sin pretensiones históricas o aspiraciones teológicas.

Es tal la intensidad del relato que, el lector, terminada la obra, se queda con las ganas de saber qué más nos puede contar ese Judas de Nazaret, narrador-testigo de tan original e interesante “evangelio” tras su forzada marcha de Palestina. Algo hace intuir que puede haber esa segunda parte que se antoja necesaria.

Por último, he de añadir algo acerca del autor: Héctor Daniel Olivera Campos se nos presenta como un apasionado de la literatura y de la historia, con un gran bagaje cultural y años de oficio narrativo sobre sus hombros. Ha ganado trece premios literarios y ha quedado finalista en otros muchos certámenes. Ha publicado relatos en diversas antologías y en revistas literarias de España, Israel, Latinoamérica, Estados Unidos y Eslovenia.



Los grandes videntes

José Luis Ramírez

Cuesta imaginar la tierra como un planeta desierto.

Pero éste era así hacía millones de años. Las primeras formas de vida comenzaban literalmente a formarse en las chimeneas de los volcanes activos y sobre la superficie no había aún plantas ni animales. Tan sólo un vasto continente de silicatos rodeado de un océano salado, ambos desiertos.

Éste es el hogar que han elegido para trabajar los grandes videntes, quienes beben agua de mar y se alimentan de rocas. Avanzan levitando sobre sus sombras en la arena de la playa o se reúnen en concilio alrededor de un fuego fatuo; el cual, se manifiesta entre sus cuerpos a voluntad, cuando llega la noche.

Los gigantes, porque son de la altura que algún día han de tener varios árboles uno sobre el otro, discuten entre ellos sobre el futuro, hablan sobre los eventos aún por suceder como si fuesen el recuento de hechos ya consumados.

Para ellos, todos los futuros posibles están ocurriendo en un estado de superposición cuántica; conocen la función de onda, por tanto, les es fácil vislumbrar el acontecer al introducir determinados valores a las variables de la ecuación y hacer los cálculos.

Así lo hacen y entonces, observan en las llamas con claridad cómo toda combinación posible de nucleótidos se desarrollará dentro de las vesículas protobiontes. Enseguida, aquellas capaces de replicarse a sí mismas obtendrán una ventaja numérica y se agruparán para hacerse de los recursos. Las primeras colonias de organismos unicelulares se aglutinarán, desarrollando órganos especializados.

Las unas tomarán su energía de la luz, las otras se alimentarán de organismos menos evolucionados.

Aprenderán a reproducirse ya liberando polen o esporas, dividiéndose en copias exactas o combinando entre sí su material genético. Comenzarán a reptar en el lecho marino, cubiertas de una corteza dura que los proteja y eventualmente saldrán a la superficie.

Desarrollarán extremidades, raíces, hifas.

Cambiarán incluso la composición química de su atmósfera para respirar dentro o fuera del agua. Algunos peces se harán anfibios y estos evolucionarán en grandes saurios y megalodones que se volverán la especie dominante.

Entonces, uno de los videntes en el concilio expande su visión más allá de la atmósfera del orbe, aparecen su satélite y los planetas exteriores del sistema, calcula las órbitas de los cuerpos celestes en un instante, concentrándose en aquel asteroide con rumbo de colisión.

Tras su impacto, se extinguirán los dinosaurios y los pequeños mamíferos se adaptarán mejor, se harán más grandes e inteligentes. Perderán el pelo del cuerpo, la cola, y usarán sus pulgares prensiles para hacer herramientas con las cuales modificar su entorno.

En la visión de los gigantes, los simios construyen aldeas, zigurats, ciudades amuralladas, rascacielos.

Dominarán la Tierra durante muchos miles de años.

También el aire, el agua, el fuego, el éter incluso.

Combinarán los elementos para hacer bronce, hierro, acero, pólvora y no cesarán sino hasta dominar las mismas fuerzas del átomo. Entonces, enviarán sondas a investigar los planetas vecinos y pondrán aún su pie en la Luna.

Pero no sabrán administrar su poder, por lo que agotarán los recursos hasta el punto de no retorno. Derretirán los polos, subirá el nivel del mar, agotarán sus cosechas. Los últimos sobrevivientes se aniquilarán entre ellos y se vendrán abajo sus construcciones.

La maleza reclamará de nueva cuenta los suelos, por aquí o por allá quedará algún indicio, ya un perro correteando un rebaño de ovejas o la radiación emitida por los restos de algún viejo reactor nuclear, un prisma irregular de unicel.

Los videntes no se asombran siquiera.

Mastican sus rocas, beben su océano.

Observan con atención en el verdeazulado del fuego cómo de entre los escombros surgen nuevas especies dominantes en el planeta: insectos, arácnidos, artrópodos marinos, moluscos, tardígrados incluso. Civilizaciones yendo desde su infancia hasta la vejez, como una vela consumida por su propia luz hasta agotarse.

Los grandes videntes están satisfechos, la vida ha de prosperar varias veces en este tercer planeta alrededor de la enana amarilla.

Incluso, millones de años después que ellos también se hayan ido.

Asentándose con el peso de sus visiones vertidas en realidad, cada momento una capa de suelo. La sedimentación tan inmutable como el instante cuando, de todos los futuros posibles, queda solo uno determinado en presente, acumulándose sobre todos los otros pasados que ya han ocurrido, testimonio de mil mundos mejores.



Autorretrato de un maestro de antaño

Francois Villanueva Paravicino

¡Verdad que inspira lástima mirarme!

Nicanor Parra

Mirad, ciegos; oíd, sordos,
mi calma es un océano embravecido bajo una tormenta
que ataca desde las altas esferas y desde sus pupitres;
los dioses me matan de hambre y ustedes por necios;
mis mejores años se llevaron el polvo de las clases,
los gritos, las burlas, los llantos, un gran sobreesfuerzo
y cierta alegría, una melancólica alegría.
¡Y eso me ha envejecido! ¡Poco a poco me ha matado!
Hoy soy un herido de arrugas, bizco, desdentado,
que teme reírse ante el espejo y ante el mundo,
aquel que me ha castigado con su total indiferencia.

Observad, mis congéneres; atended, mis hermanos,
me he consumido como un higo seco,
una fruta podrida antes de tiempo,
tanto que me avergonzaría alzar la voz para pedir justicia
porque me humillaría más
—¿oh, Dios, desde cuándo reclamar es una humillación?—,
y ya solo lloro con un mendrugo entre mis dedos,
que me sabe a piedra, a arena, a sudor inútil,
tanto sacrificio para que te espere una tumba sin sepulcro,
dejando atrás un sendero con huecos, rajaduras, sin asfaltar,
que te ha destrozado los pies y el lomo de mula dura y buena.

Al ser el esclavo de las aulas me consterna ciertas epifanías,
que son visiones de este infierno y de otros abismos siderales,
voces como las de los coros griegos en las peores tragedias,
carcajadas que revelan, por el contrario, desesperación.
Y todo ello me ha golpeado la quijada, me ha escupido
en el suelo, en mi cama y en mi plato servido;
me ha arrancado los cabellos, me ha cicatrizado los carrillos,
me ha aplastado con el peso de la noche más negra.
Y de aquel doncel que vestía terno y devoraba libros,
que construía castillos en el cielo y se contentaba de los pájaros,
que tenía el alma de oro y el corazón de diamante,
solo quedará un Hyperion que vivirá miles de años
como una babel que un dios, como siempre, tratará de destruir.



El mundo es tuyo

Víctor M. Campos

Tanto lo decían que terminé por creérmelo.

Esta nariz desviada, este hocico roto, toda esta sangre en la camisa es culpa suya. El problema con la mentira es que uno se la cree. Más si te conviene, ¿no? El mundo es tuyo, le dijeron al de atrás y al de adelante; también me lo dijeron a mí y me lo creí. ¿Qué pasa después? Se arma la bronca: no se trataba de pelearnos por el mundo sino por el lugar en la fila del súper. El de atrás apenas esperó a que yo pusiera mis cosas sobre la banda mecánica y enseguida puso las suyas. Mis dos cajas de té fueron atropelladas por charolas y más charolas de cerveza, por botellas grandes de refresco, por bolsas y más bolsas de botanas. Todo mientras me soplaba en la nuca su aliento a tabaco y menta. Recórrete, dijo, con muchos tanates. ¿Recorrerme? Ni lo volteeé a ver. Tú sabes cuánto me molesta que no respeten mi espacio personal. La cajera echó a andar la banda mecánica y de reojo vi pasar sus cosas hasta que desaparecieron las mías. Todo se amontonó porque el de adelante no terminaba de pagar su cuenta del súper, la del teléfono celular, su cuenta de la tarjeta de crédito. ¿Algo más, pendejo? Recórrete, insistió el de atrás. ¿Recorrerme? ¡Ja! ¿Qué prisa llevas?, pregunté

al encararlo. Se trataba de un calvo musculoso y atrabiliario que me miraba, desafiante, mientras trituraba el chicle con sus mandíbulas cuadradas. Alguna lámpara le había cagado la calva entera con su luz. Tengo prisa, recórrete, dijo. Su dedo índice señalaba el reloj de pulso que traía en la otra mano. No hay espacio. El de adelante no termina de irse. Tendrás que esperar, respondí. El calvo suspiró, hizo a un lado su carrito y me encaró. Hubiera podido besarlo de haber querido. Lo que hice fue tragar saliva. Re-có-rrete, dijo con su imperfecto silabeo. La cajera habló, pero nadie le hizo caso. Di un paso atrás y sin más le solté el primer gancho: directito al hígado como me enseñó el Don. El calvo, por el contrario, quiso darme un jab en la cara. Lo esquivé. Le metí la izquierda en la barbilla, pero apenas alcancé a rozarlo. Perdí el equilibrio, pero el espacio minúsculo vino en mi rescate cuando el otro se me abalanzó. Forcejeamos hasta que logré meter un cuerpo de distancia entre nosotros. Ahí aproveché para clavarle el uno-dos más el cabezazo. ¡Qué más da si me descalificaban! El calvo me había dado un rabbit-punch antes y la cajera no le había quitado puntos. Yo también sabía jugar sucio y se los dejé clarito. El cabezazo me dolió tanto como cuando te bebes un vaso de agua fría de un sólo trago. Dolió, pero el calvo se fue de bruces. La arena entera se puso de pie y todo el mundo empezó a corear mi nombre: ¡Víc-tor, Víc-tor, Víc-tor! No puedes imaginarte esa sensación. La cajera levantó mi brazo en señal de triunfo y el de adelante me alzó en hombros mientras recorríamos cada esquina del cuadrilátero. En ese momento me di cuenta que alguien, entre la muchedumbre, me hablaba desde muy lejos. Un insecto se me metió a los ojos en cuanto los abrí. ¿Qué pasó? El sabor metálico de la sangre llenó una boca que resultó ser la mía. ¿Cómo te llamas? ¿Cómo me llamo? ¡De quién crees que es el nombre que grita la gente! Alguien a quien no lograba verle el rostro me hacía preguntas sin sentido; otro, otra, me tocaba in-

vasivamente. Yo miraba para arriba pero el arriba no era más que esa lámpara que cagaba luz. Cuando me ayudaron a sentarme se me vino la verdad a la cabeza. Fue como un ladrillazo en la nariz. ¿Qué diría el Don si viera mi camisa, el hocico roto, mi nariz desviada? El mundo es tuyo. Ay, ajá. Mejor cállese, Don. Mejor cállese.





El negro habla de los ríos

Langstone Hughes, trad. José María Flores

He conocido ríos

He conocido ríos antiguos como la tierra
más viejos que el flujo de sangre humana
en los torrentes humanos.

Mi alma se ha ahondado como esos ríos.

Me di un baño en el Éufrates cuando las mañanas eran jóvenes.

Asenté mi choza a orillas del Congo y su canto me puso a dormir.

Hacia el Nilo miré y levanté las pirámides por lo alto.

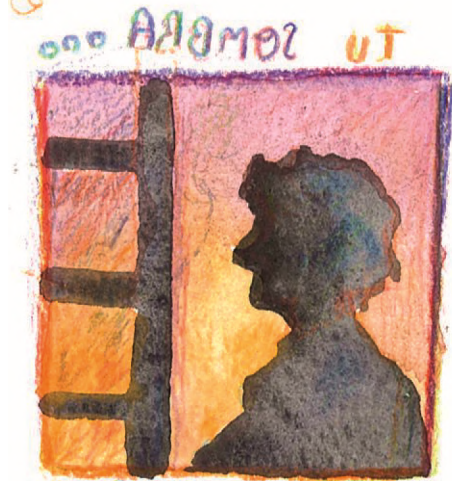
Oí cantar el Missisipi cuando Abe Lincoln visitó Nueva Orleans.

Y he visto dorar sus asientos fangosos al ponerse el sol.

He conocido ríos

ancestrales ríos negros.

Mi alma se ha ahondado como esos ríos.



Santa Decca

Oscar Wilde, trad. Gabriel Alfonso Pérez Reyes

Han muerto los dioses: coronas de olivo
no damos ya a Palas, la de grises ojos,
ni diezmo a Perséfone, cereal en manojos;
canta al mediodía, pues Pan no está vivo,

el despreocupado pastor; lo lascivo
por grutas y claros del bosque acabó;
no persigue Hilas el manantial, no;
Cristo ahora reina, muerto Pan, el chivo.

Quizás esta isla, que está en arrebató,
en los asfodelos algún dios esconde,
quien mastica amargo fruto del recuerdo.

¡Oh amor! si así fuera, ¿no sería cuerdo
evadir su cólera?: pero ved a donde
hay hojas, se mueven: miremos un rato.



El Señor Usher: Trastornados en la literatura

Durga Concepción S.

Al tener de cerca lo que es un denominado trastorno mental, las descripciones que se manejan desde la vena literaria del escritor norteamericano Edgar Allan Poe, es más sencillo poder penetrar e incluso formar parte de manera indirecta en sus historias. El horror, la desesperación, el ahogo, la tristeza, la ira y la locura, son algunos de los componentes que toda persona, con cierto toque de irrealdad, ha logrado experimentar al menos una vez en su vida. Empero, las personas que hemos sido condenadas a tener que lidiar con el castigo de la nebulosa mental por siempre. Los textos de este escritor parecen una carta de saludo y de empatía para reconfortar dichas mentes y vidas desgraciadas que por ahora (y seguramente en un futuro) buscan y buscarán consuelo entre los rincones más inhabitables de la Tierra para cesar al menos instantáneamente el ardiente tormento por el que van atravesando día con día.

Al leer “La caída de la casa Usher”, nos podemos percatar de dos elementos esenciales: La oscuridad y la desesperación; te sientes atrapado desde que empiezas a leer la primera línea y te sientes absorbido por el ánimo lóbrego de la narración y de los personajes. El elemento de la oscuridad no solamente nos mueve las entrañas en las descripciones de la casa Usher y de sus mórbidos jar-

dines, sino que también es señalado en los pasajes que aluden al estado emocional que su dueño experimentaba en distintos momentos de su día, pues este afirmaba estar enloqueciendo y estar volviéndose exageradamente sensible a texturas o aromas que emanaba su casa. A su vez, el concepto de desesperación es notorio en los diálogos que la voz narradora junto con el dueño de la casa entablan a lo largo de la historia. Estar en un encierro casi perpetuo junto a una figura fantasmal, experimentar sucesos que confirman la pérdida de la lucidez y el tener sentimientos desagradables y reprimidos al estar aislado del mundo exterior, hace evidente la presencia del pesimismo en momentos determinados de la historia.

Ahora bien, ¿por qué se ha de enlazar el tener un trastorno junto con los dos conceptos mencionados al inicio? La ansiedad, una visita indeseable para muchos, es una fase en la mente de una persona donde asegura que la locura le está acechando día con día y a todas horas. Es imparable, los días se tornan oscuros y es imposible escapar de la misma, es como si alguien, inexistente, acechara desde cerca y desde lejos a la vez; es ilógico ¿no? ¿Cómo nos puede dar miedo lo que no existe? De esta forma la ansiedad se manifiesta en el ser humano, en lo irreal, lo disparatado, lo doloroso y lo asfixiante. Así pues, “La caída de la casa Usher”, es un ejemplo perfecto para reflejar la manera en que los afectados con esta enfermedad se sienten a lo largo de su vida. El personaje principal, el señor Usher, es el testigo literario que ha dado voz a aquellos individuos cuyas vidas se han visto afectadas del mismo modo que a él. El estar en constante encierro, el ver cómo los días pasan y nada cambia, el rumiar en nuestras cabezas qué es lo que está pasando a nuestro alrededor y examinar indefinidamente si es o no real; el ahogo, el no poder respirar ni siquiera dentro de nuestros hogares o lo que se consideraba un hogar y, sobre todo, el miedo. Este último elemento, esencial en las narraciones de Poe y punto clave para entender a la gente trastornada. El miedo es lo que motiva a continuar paulati-

namente viviendo, pues el constante estado de alerta y de precaución a sucesos inexistentes y a escenarios exagerados, es lo que la ansiedad lleva a hacer a la gente para que se mantenga a salvo y segura ¿de quién? Ni siquiera ellas lo saben, solamente saben que tienen mucho recelo, que sus vidas peligran y que en cualquier momento habrá un corte de respiración en el que la demás gente, la “no trastornada” o la que está “cuerda”, presenciara y señalará y, por consiguiente, castigará a los ojos de los demás. Mientras que, para los “enfermos”, el miedo es lo que los hace sobrevivir, para la “gente cuerda” es un concepto más que habita en el mundo y que de vez en cuando aparece, pues no los atormenta y no ha cesado su vida por ello.

Volviendo a la historia con que hacemos comparación, el señor Usher menciona en varias ocasiones cómo es que la constante penumbra en la que vive lo hace sentir adolorido y de cómo es que por más que trata de averiguar cómo sentirse mejor, no logra encontrar respuestas. La luz lo lastima, las texturas de la ropa son incómodas o la hipersensibilidad a los alimentos hace que pierda notoriamente peso; cada día se agobia más y más y la casa en la que vive parece estar consumiéndolo poco a poco. Esta última es otro personaje importante, pues dentro de la casa es donde sucede la mayor parte de toda la historia, adentro es donde hubo luz y ahora sólo queda el vacío eco de la amargura y la misma casa ha presenciado el inicio y el final de la familia Usher.

Podemos interpretar a la casa como la cabeza y mente de los que habitaban en ella:: Inestables, tristes, impacientes, enojados, desesperanzados y adoloridos por el descuido. Se dice en la cultura occidental que una casa es el reflejo de nuestro ser y que las habitaciones son el reflejo de nuestra mente, y partiendo de esta premisa, podemos llegar a la apresurada conclusión de que la casa Usher representaba la ansiedad inmutable que los hermanos Usher recorrían o recorrieron hasta que la tragedia final llega.

En general, podemos decir que el personaje del señor Usher, junto con los demás sucesos, son una alegoría a las vidas de las personas que atraviesan por algún trastorno mental, que temen por su vida y, está más que claro, que no saben qué hacer con ello.

“La caída de la casa Usher” es la abrumación, el estado ansioso y el momento más triste que el ser humano desdichado aprecia, además de que la descripción tan detallada sobre elementos grotescos y sombríos, reflejan la misma oscuridad ya antes mencionada con la que se identifican estas mismas personas. La figura fantasmal, por mencionarla de algún modo, forma parte de las descripciones mascaradas; puede que sea la realidad, la tan temible realidad que cuesta aceptar, que parece tan aterradora, tan sofocante y tan peligrosa que hace querer enterrarla y salir corriendo en lugar de confrontarla... Y es ahí donde el señor Usher se desmorona, en no aceptar aquella realidad dolorosa que acechaba la casa día y noche, aquella realidad que lo mantenía en estado de alerta y de querer encontrar soluciones de un día para otro mientras que su casa lo absorbía y lo dejaba en el estado más afligido y patético que su amigo visitante logró presenciar.

Finalmente, concluimos en que la visita a la casa Usher fue una ojeada a la vida de cierto sector en el mundo cuya vida es sombría y todos lo saben pero, por alguna razón, por el miedo que emanan sus casas, sus jardines y sus fantasmas, nadie es tan valiente como para acercárseles y mucho menos para ayudarlos a restaurar sus vidas y sus mentes. Quedándose como sujetos de análisis, como una especie de figurilla tétrica cuya existencia sirve para ser observada desde el asco, el rechazo y la curiosidad; siendo solo los visitantes casuales, como la voz narradora en el relato de Poe, quienes reúnen suficientes agallas e interés para enfrentarse al sonido de los gritos ahogados y de auxilio que los “trastornados” emiten a través del vacío gélido de sus sonrisas.



OPINIÓN

TINTERO BLANCO

Espacio de expresión, en donde los autores plantean sus puntos de vista sobre algún tema de interés.



El palacio del azar

Héctor Justino Hernández

Descubrí a Paul Auster por medio de Ajelet, una amiga, durante el primer año de la carrera. Recuerdo que la primera vez que me habló al respecto me dijo que comenzara con la *Trilogía de Nueva York*, prometió que no me iba a arrepentir. Por aquel entonces llevaba una carga de materias demasiado intensa y no me atreví a enfrentarme al compromiso que traía la lectura de los tres volúmenes. Pero el interés y el entusiasmo de mi amiga no me dejaron indiferente. Al llegar las vacaciones, fui a la biblioteca, busqué en la letra A y tomé el primer libro del autor que vi. La técnica de elección, quiero creer, le habría gustado a Auster, sobre todo por su interés en las coincidencias. El volumen fue *Leviatán* (1992) y ya desde la primera línea supe que me encontraba ante un libro poco común. Desde ese momento y hasta que entendí cómo se entrelazaban los destinos de sus personajes, Peter Aaron y Benjamin Sachs, no solté el libro. Y en esta vertiginosidad radica una de las primeras virtudes que encontré en su autor. La exigencia de escribir bien se cumple en muchos estilos, pero la búsqueda de una historia que además nos exija no abandonarla, ocurre muy poco con la precipitación, a veces vertiginosa, que consigue Auster. Esto provoca que la arquitectura general de sus novelas, el dibujo primordial a la manera de

Solares, sea una gráfica enrevesada, con momentos metaficcionales, historias dentro de historias y largas digresiones que se resuelven en escenas de una sencillez aparente. Por supuesto, la vertiginosidad es a propósito.

La idea se repite en otras de sus novelas, con mayor o menor presencia de otros rasgos. Un personaje, generalmente varón, que ha sobrellevado una vida como la de cualquier otro, un día se enfrenta a un misterio, a veces de orden realista y existencial, o a veces con tintes fantásticos y extraños. El personaje vive una transformación que lo lleva a vivir como vagabundo o con una limitada cantidad de dinero, para después salir a carretera o esconderse. Hacia el último tercio, se revela una verdad, se cae la farsa, se descubre el secreto y entonces el narrador, que generalmente es un personaje, ata los cabos. Con obvias variaciones, una buena parte de los libros de Auster cumplen con estas características. Sin embargo, lo que vuelve interesante su narrativa se encuentra en sus obsesiones, en su estilo. La voz de Auster parece tener un encanto que casi podría llamarse atávico.

En la antigüedad, los contadores de historias tenían el don de la magia. Podían, con un pase de su mano, hacer que dragones y héroes aparecieran, que la guerra surgiese en un rincón de la fogata. En aquel tiempo, como bien lo han dicho algunos historiadores de la lectura, el público creía que realmente el caballero o la heroína se encontraban en peligro y que acaso un momento antes había muerto Amadís. Ese encanto a la hora de crear una historia e introducir a su público en el mundo de lo posible, ese encanto que los escritores casi por deber usan, Paul Auster sabe utilizarlo a su gusto, sin necesidad de recurrir a grandes manotadas. En la sencillez de una historia consigue crear el eco de un mito. Por esta razón es que cuando las coincidencias, que en otros implicarían fallas, aparecen en sus obras, no se perciben anormales o imposibles. El am-

biente legendario en su estilo le permite elongar la realidad y convencernos de que los hechos azarosos que aparecen en su historia tienen sentido, de que el sistema de lógica interna nos conduce naturalmente a esa verdad. Por supuesto que si nos detenemos a pensarlo el armazón se tambalea, las fallas comienzan a surgir, por eso la vertiginosidad de su prosa, allí donde se vislumbra un fallo, se contrarresta con una sacudida que, como un aedo antiguo, le permite paliar el problema y salir indemne.

Me parece que el mejor ejemplo de lo anterior se encuentra en *El palacio de la luna* (1980). Este libro lleva las coincidencias a un límite dickensiano. Al respecto de Charles Dickens, Sergio Pitol en su libro *Adicción a los ingleses* (2002), menciona la capacidad que el autor tenía para ofrecer un mundo que “mantiene una coherencia propia”, donde los rasgos de los personajes “intensifican” nuestra realidad. Al mundo victoriano de Dickens, corresponde la visión posmoderna de Auster que juega con el azar, pero consigue encubrir dichos juegos de modo que no se noten las costuras como muchas veces ocurría con Dickens (dicho sea de paso, no se le puede culpar plenamente si llegaban a notarse, el folletín, como bien señala Pitol, exigía ciertos sacrificios). Pero la cuestión del misterio oculto no es lo único que emparenta a Dickens con Auster, también la inspección de la sociedad que en el primero resultó en una moral cuestionable, y en el segundo en un compromiso político que lo ha llevado incluso a declararse en contra de movimientos como los que representó Donald Trump. En este sentido, quizás el mayor ejemplo de su compromiso social sea la cuestión de que, en un ambiente donde el dinero es tan importante, como lo es EUA, sus personajes suelen renunciar a sus posesiones sin temor al futuro, aunque esto los conduzca a la vagancia y la miseria física.

Además de *El palacio de la luna*, la constante del personaje que recorre

el país y pierde su dinero se encuentra en *La música del azar* (1990), *Sunset Park* (2010) o *Mr. Vértigo* (1994). Como consecuencia, suele haber una pérdida de la esperanza; esto queda de manera más evidente en su obra cumbre, o por lo menos la que más lectores le ha dado, y con la que me gustaría terminar este escrito, la *Trilogía de Nueva York*, constituida por los volúmenes *Ciudad de cristal* (1985), *Fantasmas* (1986) y *La habitación cerrada* (1986). Las tres historias son independientes entre sí, la unidad tripartita es más bien de naturaleza temática. Eso sí, además de los rasgos de los que ya he hablado, aúnan referencias a otras obras literarias, como *Walden* de Henry David Thoreau o el Quijote de Miguel de Cervantes. En la trilogía aparece una preocupación que se ha extendido a través de las décadas y aún hoy, a casi cuarenta años de su salida, continúa siendo válida: el miedo a que nuestra identidad se disgregue. Es un temor verdadero, más allá de la pérdida de los grandes discursos (cosa que puede ponerse en duda, por supuesto) que comenzó a ser motivo de estudio en la segunda década del siglo XX, en la actualidad la aparición de las redes sociales y de la hiperconectividad hace pensar que la vigilancia que los personajes de la trilogía llevaban a cabo se ha extendido hacia nuestra realidad, ha abandonado las calles de Nueva York y ahora puebla nuestras pantallas.

En el miedo que provoca la identidad en emergencia puesta en juego tras las computadoras, el azar, ese maravilloso instrumento de la dispersión cósmica, resulta una respuesta sutil, una posibilidad que Paul Auster ha visto (acaso sin quererlo) para recordar que alguna vez fuimos aldeanos alrededor de una fogata, y que escuchábamos al juglar que traía noticias de las tierras allende las montañas y de los tiempos de nuestros antepasados. El renacimiento de esa emoción primordial sería ya un motivo suficiente para su lectura.





DOSSIER GRÁFICO

TINTERO BLANCO

Comentarios en torno a los artistas visuales que integran las portadas y las páginas interiores de la revista.



Keibun Obed Gómez

Originario de Coatzacoalcos. Estudió la Licenciatura en Artes Visuales en la Universidad Veracruzana. En 2016 obtuvo el primer lugar en el certamen nacional Los artistas celebran al MAX, convocado en el marco del 30 aniversario del Museo de Antropología de Xalapa. Más tarde se unió a la exposición colectiva Usar o tirar (2018), que se presentó en el mismo recinto.

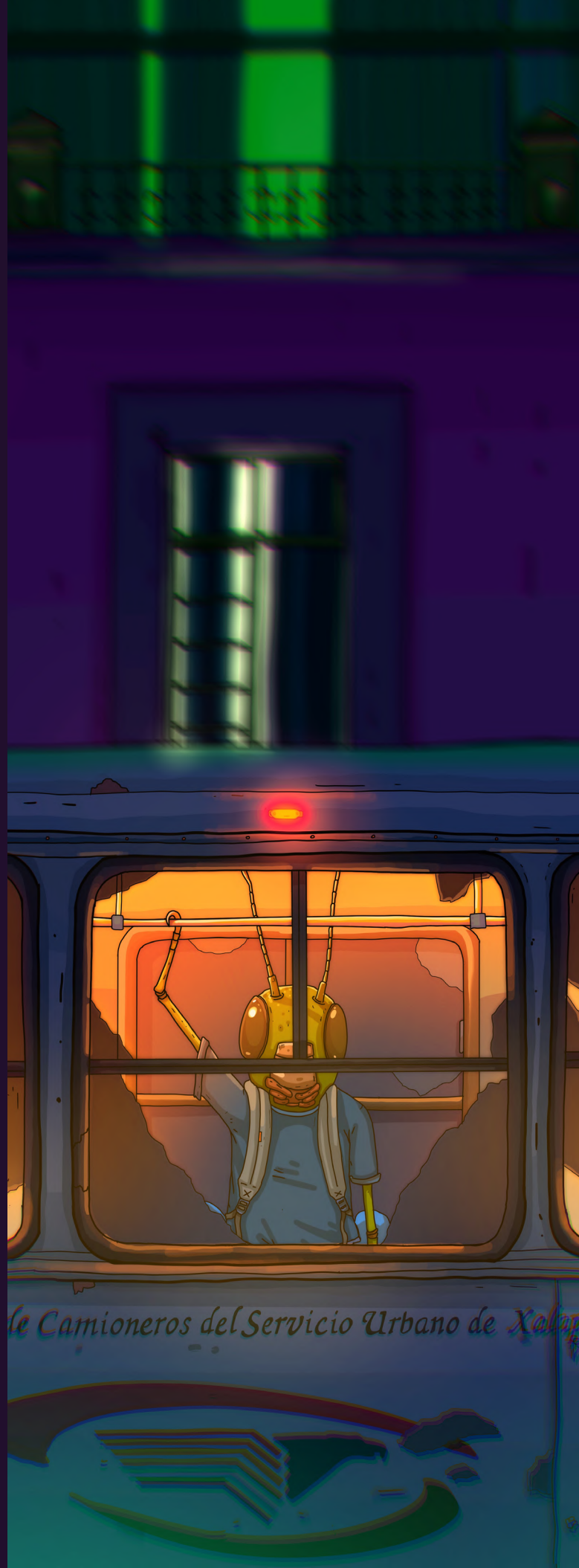
Desde 2020 ha trabajado en obras que se caracterizan por el empleo de diferentes técnicas y soportes para abordar la soledad en el paisaje nocturno de Xalapa

CONTACTO:

Instagram: @Keibun_

Facebook: Keibun Obed

Correo: keibunobed@gmail.com





F. Frida Lomán

Originaria de la ciudad de las flores con 21 años de edad, estudiante de la licenciatura de Artes Visuales en la Universidad Veracruzana. En 2021 participo en el curso Relaciones cromáticas entre México y España, de la antigüedad a los cruces contemporáneos, impartido por la Escuela Complutense Latinoamericana. En 2022 participó en la exposición “Ante la impotencia del dolor” en el Café-galería Cubo Tres, de igual manera en la exposición “Tres metros bajo tierra” en la Galería AP de la Facultad de Artes plásticas y en la “Exposición de resultados” en el mismo recinto. Actualmente se encuentra explorando distintos lenguajes en la gráfica expandida y

CONTACTO:

Instagram: @atole.de.mazapan

Keibun Obed Gómez

Si tuviera que resumir en una frase el trabajo de Keibun Gómez, tendría que ser: lo presente en el futuro. Su obra muestra una ciudad que muchos o pocos han recorrido, cuya esencia melancólica y festiva al mismo tiempo se organiza a través de los ojos de quien la traza. Así, desde una postura futurista (dentro del género de la ciencia ficción), Keibun plasma en su obra una Xalapa (Xalapunk) plagada de irrealdad dentro de la realidad. Lugares existentes y cotidianos, reconocibles al internarse en las calles de la Ciudad de las Flores.

Lleno de tonalidades que evocan al género mismo al que hace referencia, llámese ciberpunk, la representación de la visión de Keibun nos muestra posibilidades distópicas de algo ya conocido o, tal vez, simplemente hace más real el género que vive a la par con el entorno desconocido. El reconocimiento de algo tan cotidiano como lo son las calles de una ciudad, más la imaginación y la mano del artista, hacen posible que hoy podamos encontrarnos con la maravillosa esencia de un Xalapa-punk.

María Eugenia García





ESPERAR
SE HACIA
MANIA

VOLVER DE



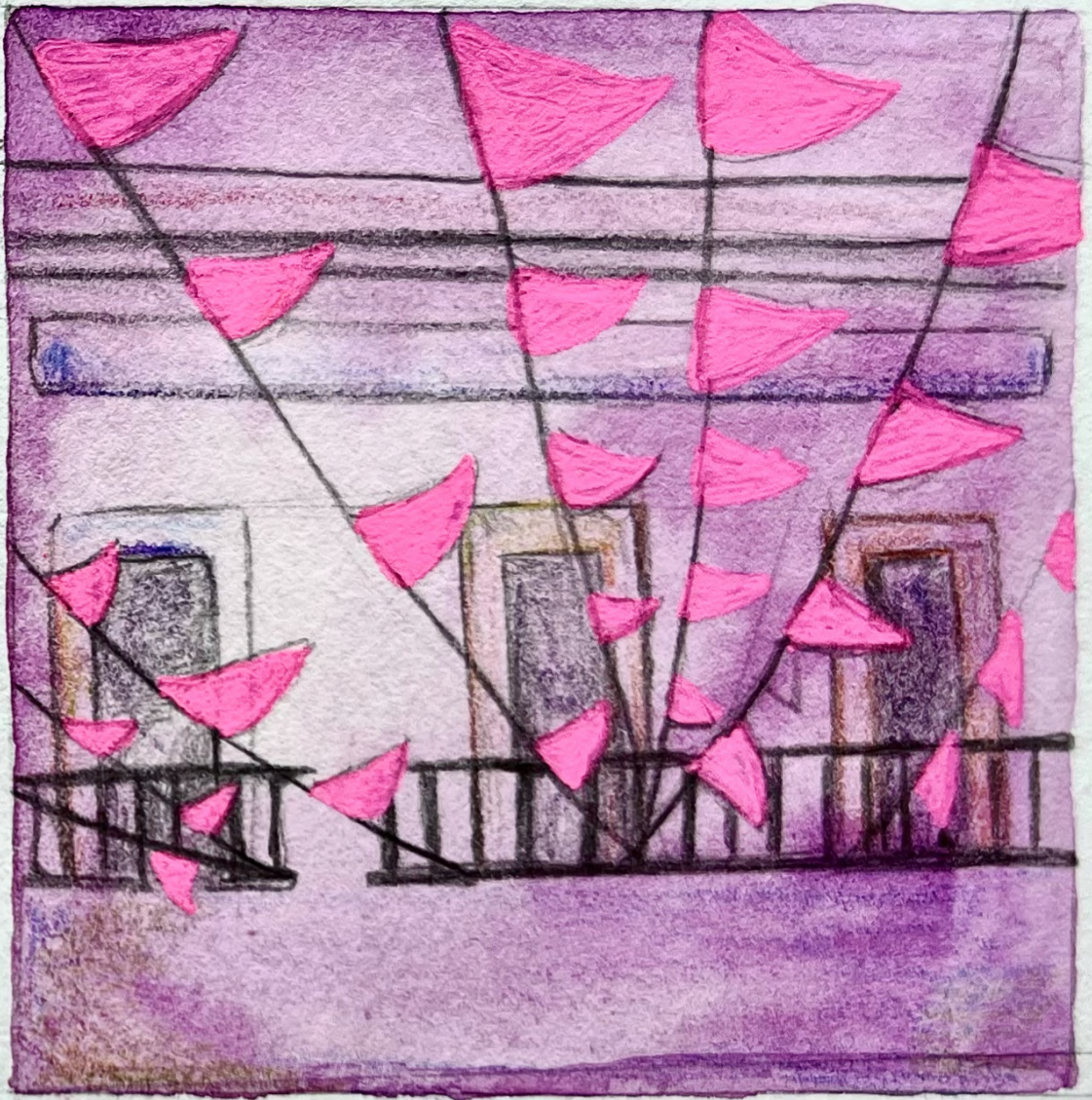
SIN LLEGAR A

EL CALLEJ



QUE HACER
DE LOS
AMOROSOS

ÓN DEL BESO





F. Frida Loman

Frida Loman nos hace entrega de fragmentos y emociones, en las cuales siembra en los colores elementos introspectivos. Su obra es una entrega que va de la mano con el recuerdo de un sentimiento y la construcción (o reconstrucción) de una “entidad”. Entre una explosión de tonalidades y la degradación de lo blanco y lo negro, el trabajo de Frida podría enfocarse, desde el punto de vista de quien observa, en la recolección entre el todo y la nada. Un recuerdo y la remembranza.

En este sentido, la artista expresa pensamientos con el que más de uno podemos identificarnos; si no ahora, en algún momento de nuestra vida. Lo real, íntimo y el recuerdo son los tópicos expresados dentro de su obra. Estos elementos se entrelazan con la confianza de un confidente secreto, ¿el espectador o alguien más que observa desde el otro lado?

María Eugenia García

Nota del consejo editorial

Las ilustraciones que acompañan las portadas de las secciones y las portadas principales pertenecen a Keibun Obed Gómez. Por otro lado, las que acompañan los textos y la sección de Dossier gráfico pertenecen a Frida Loman. Agradecemos profundamente su participación en este número 8 de Tintero blanco.



AUTORES

TINTERO BLANCO

En donde presentamos a los autores correspondientes del número.

Literatura

Ana Paulina Calvillo. Narradora, tipógrafa y editora en tercera generación. Ha realizado proyectos de promoción cultural en Guanajuato, donde radica desde 1996. Ha sido becaria del Programa de Estímulos a la Creación Artística en 1999, 2001 y 2022. Textos suyos han aparecido en publicaciones periódicas diversas y en la antología *Palabras Germinales* (Ediciones La Rana, 2000). Obtuvo mención honorífica en los Premios de Literatura León, 2020. Es directora editorial de Los Otros Libros.

Jorge Orlando Correa (1992). Chetumal, Quintana Roo. Ya no hay fechas importantes (Pinos Alados, 2020).

Joselyn Silva Zamora (Estado de México, 1993). Es Licenciada en Literatura Latinoamericana por la Universidad Iberoamericana CDMX y estudiante de Psicología en la Universidad Latinoamericana. Ha participado en congresos y tertulias en México, Estados Unidos, España e Italia. Ha publicado en distintas revistas y en la antología poética *Artivismo. El arte como espacio de resistencia* (2022). Administra un blog donde reflexiona sobre literatura y salud, mismo que puede leerse en www.joselynsilva.com

Armando Gutiérrez Victoria (Ciudad de México, 1995). Actualmente cursa el Doctorado en Literatura Hispánica en El Colegio de México. Ha publicado artículos en revistas académicas y textos literarios (cuentos, poemas, ensayos, reseñas) en revistas como Punto en Línea, La Palabra y el

Hombre, Plástico, Campos de Plumas, Íbidem, Didasko, Pérgola de Humo, Periódico Poético, etc. Director de la publicación independiente Irradiación. Revista de Literatura y Cultura.

Bastian González (Cuernavaca, Morelos, 1998). Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas en la UAEMor. Su ensayo “Trans: atravesar el pensamiento” fue publicado en 2018 tras haber sido de los ganadores en el 3er concurso de ensayo literario breve del festival Diversidad Somos en el 2017. Actualmente apoya en investigaciones sobre Lengua de Señas Mexicana y Comunidad Sorda.

Darío González (Uruapan, 1999). Estudiante de Letras Hispánicas en la UAM Iztapalapa. Poeta publicado en la Antología de poetas jóvenes de la UAM, en *La Ciudad de los poemas. Muestrario poético de la Ciudad de México*, así como en algunas revistas literarias digitales. Ha participado en varios encuentros de poetas en Michoacán, Guanajuato y la Ciudad de México.

Samanta Galán Villa (Moroleón, Guanajuato, 1991). Cuentos suyos se publicaron en medios como la revista *Pez Banana*, revista *Sputnik*, *Neotraba*, *Revista Estrépito*, *Monolito*, *La Factoría* y en el periódico oaxaqueño *El Imparcial*. Uno de sus cuentos se tradujo al inglés y se publicó en la revista *Asymptote*. Autora del libro de cuentos *Amorfismos*, publicado por el sello editorial *La Tinta del Silencio*. En la actualidad lleva cursos en Literaria, Centro Mexicano de Escritores.

Amelia de Querol Orozco (Ferrol, 1960), poeta española. Galardonada con el premio Sant Jordi de poesía (2014) y autora del libro *Soñar tu nombre* (Amazon).

José Luis Ramírez. Nació en 1974, en Puebla. Es Ingeniero Industrial en Electrónica y estudió una maestría en Ciencias de la Computación. Ha sido publicado en distintas antologías entre las que destacan: *Auroras y Horizontes*,

Los Mejores Cuentos Mexicanos, Visiones Periféricas, El Hombre en las Dos Puertas, Los Mapas del Caos y Silicio en la Memoria, así como en varias revistas y fanzines. Obtuvo el Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción 1998, con el cuento “Hielo”.

Francois Villanueva Paravicino. Autor de *Cuentos del Vraem* (2017), *El cautivo de blanco* (2018), *Los bajos mundos* (2018), *Cementerio prohibido* (2019), *Sacrificios bajo la luna* (2022). Semifinalista del Premio Copé de Poesía (2021). Ganador del Concurso de Relato y Poesía Para Autopublicar (2020) de Colombia. Ganador del I Concurso de Cuento del Grupo Editorial Caja Negra (2019). Finalista del I Concurso Iberoamericano de Relatos BBVA-Casa de América “Los jóvenes cuentan” (2007) de España.

Victor M. Campos. El autor se formó en el Taller Levreriano de Escritura Creativa dirigido por Carmen Simón. Mención honorífica en el Primer Concurso Internacional de cuento breve “La sombra del amor y la muerte”, 2021, convocado por el Centro Hispanoamericano de Fomento a la Literatura (España). Finalista en el Concurso Literario Internacional “Savia al Mundo, 2022”, convocado por la editorial Libros de Arena y Espuma (Venezuela-Perú). Finalista en el Concurso Nacional de Antología de Cuento, 2022, convocado por Ediciones Cleta (Chihuahua, México).

José María Flores (Buenavista, 2000). Traductor del inglés, narrador y poeta a veces, sus autores predilectos son Kenneth Rexroth, W.S. Merwin, Wallace Stevens, Kenneth Koch, Robert Creeley, entre otros, a los cuales, inédita buena parte de las aproximaciones, ha trasladado al castellano. Actualmente cursa la carrera en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara.

Gabriel Alfonso Pérez Reyes. Licenciado en Letras hispánicas por la Universidad de Guanajuato, donde actualmente estudia el posgrado Maestría en literatura hispanoamericana. Ha publicado en diversas revistas entre las que se encuentran: Punto de Partida, De-lirio, Campos de plumas, Los demonios y los días, revista de la cual forma parte del comité editorial. Obtuvo en 2021 el segundo lugar en el quinto concurso “Mundos posibles” de la FeNal en la categoría de poesía; y en 2022 fue acreedor del primer lugar de la categoría libre en el 10º concurso de poesía “María Luisa Moreno”.

Durga Concepción Sandria es estudiante de la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas en la Universidad Veracruzana, actualmente está por egresar. Ha participado dando clases sobre lingüística enfocada a jóvenes de bachillerato; el año pasado participó en el Primer Encuentro de Literatura de Terror por parte de la UV y recientemente participó en una ponencia sobre Morfología y Sintaxis en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán (UNAM).

Opinión

Héctor Justino Hernández (1993): Ha publicado *Dimorfismo* (2019), *La mascara de Miguel* (2021) y *La isla que nos llama* (2021).

María Eugenia García (1999), Colaboro en el libro *Desde el naufragio. Testimonios universitarios sobre la violencia en Veracruz* (2014-2018). Ha publicado traducciones en las revistas Tintero Blanco y Cuadernos Villistas, así como columnas en la revista Palabrerías.

